

El reajuste del pasado

Juan Setien del Valle

Image not found.

Capítulo 1

Lo supo.

Lo supo como si la farola de la fe iluminara los estrechos peldaños de manera incuestionable.

Lo supo con esa evasiva certeza que de pronto se hace presente y palpable, que cansada de huir, escurridiza y esquiva, descorre el telón para desnudar lo que hay detrás. Fue uno de esos instantes de cristalina nitidez que resume sencillamente toda una vida.

Stefan lo supo exactamente en el momento que la vio entrar en aquel mismo vagón en el que se arrellanaba en un incómodo asiento de plástico ennegrecido con amorfos ribetes de una gomosa costra irregular. Despabilado y perezosamente repantigado, resignado y vencido tras la absurda repetición de un día exactamente idéntico al anterior y al anterior y al anterior... Después de un fiero y estruendoso bostezo, hastiado, pareció exhalar su alma como en una bocanada de humo. Lo supo entonces y se hizo más vivaz y sólida la revelación, más patente, cuando aquella pálida chica, ligeramente sonrojada en las mejillas, se sentó con modestia, con un especial amaneramiento pudoroso y no exento de recato, esa cristalina fragilidad de quien se siente incómodo si lo miran. El tren cerró sus puertas bufando y exhaló un gas invisible pero ruidoso, como si desalentado resoplara con resignación. Con el ronroneo adormecedor de las ruedas sobre la vía como romántica música de fondo, Stefan se levantó y dio unos pasos hasta llegar a la altura de aquella chica. La sangre afluyó en tropel y con violencia a las mejillas de aquella chica y un rojo intenso fue arañando su piel, derritiendo la palidez pulcra de su rostro. Ella insistía en inclinar el cuello. Se hincaba la barbilla en el pecho. Mientras, con vergonzante pudor se cubría el cuerpo cerrándose compulsivamente los botones de la camisa hasta casi aparentar una ceñida soga. Ella, incómoda, frágil, vulnerable, cruzaba con tirante afán los extremos de la rebeca, como si fuera capaz así de desaparecer, como si proyectara un velo opaco que la procurase una invisibilidad para pasar desapercibida. Entonces Stefan empujó la tabla vertical ejerciendo fuerza hacia abajo y cuando estuvo en horizontal, se dejó caer. Mientras, apreciaba el tembloroso ajeteo de los dedos de la chica sobre un ejemplar de cubiertas estampadas, que llevaba sobre las rodillas.

- ¿Nos conocemos?.- Fue lo único que supo decir Stefan para desbrozar la solidez del silencio. Creía que así perturbaría su timidez y la incitaría a entablar una conversación, aunque fuera monosilábica y formal. Pero realmente su efecto era turbador y muy contrario a sus aspiraciones, y sólo conseguía agravar la enfermiza discreción de la joven y su afectada

prudencia, que no eran sino los atributos de un distanciamiento hurraño, dolorosamente antisocial. En ese retraimiento parecía latir un profundo terror, como si el hablar o el relacionarse con otra persona fuera un titánico esfuerzo que adquiriría sus colosales dimensiones en cuanto basaba todo en que iba a defraudar sempiternamente a quien intentara relacionarse con ella o que iba a decir algo insensato y ridículo o que, simplemente, denunciarían su supina estupidez.- Sé que no nos conocemos. Sé que es un estúpido pretexto el acercarse a alguien que no has visto nunca e intentar fingir que lo conoces y que la traviesa memoria con su torpeza haya cuajado un olvido de algo que nunca ocurrió. Podrías contestarme para escurrir el bulto: Oh, sí. Nos vimos en... no me acuerdo. En ese sitio, sí, en... pero ambos sabemos que esta conversación nace bajo las premisas equivocadas y tiene todo lo necesario para forjar una inquebrantable incomodidad, una aversión inaguantable pero que has de soportar hasta que algo te rescate, un pitido, un conocido que pasa por aquí, o simplemente el haber arribado en tu parada. Ambos... tú estarías deseando que el tren corriera más rápido, que el tiempo corriera más rápido, para librarte de mi... o después de todo, tal vez no quieras librarte de mi... - Ella, turbada y absorta, clavaba la mirada en un punto por debajo de sus rodillas y se balanceaba como temblorosa, casi como un enfermo mental que se impulsa y rebota en un desquiciante e infructuoso movimiento constante que pendula como espiga empujada por intermitentes rachas de viento, y sólo se movía de cintura para arriba, mientras que taconeaba con una pierna en el suelo engomado, como si de una malabarista habilidosa se tratase capaz de conciliar dos ritmos desacompanados.- Pero no temas. Tú no me conoces, pero yo a ti sí. ¡No!, ¡No!.- Temía que le malinterpretara y le achacara una conducta perversa de criminal y violento y Stefan posó de súbito y cariñosamente una mano suya sobre la agitación temblorosa de las manos de la chica. Las manos detuvieron su temblor, como un pájaro que al apresarlo deja de aletear y sucumbe, creyendo que si no se mueve, terminará por engañarlo y de alguna manera apelará a su compasión.- Sé que eres la prometida de un amigo que hace mucho que no veo...- El rictus rígido y preocupado de su ruborizado semblante se crispó ablandándose, desfrunció el ceño y toda su expresión se relajó levemente- O que hace mucho que me he negado a ver.- Y con este sutil toque excitó la imaginación de la chica. Supo que algo se había activado en su interior, como un resorte, y tímidamente, casi imperceptiblemente, ladeó la cabeza como insinuándole que podía verter aquel elixir emponzoñado que enfrascaba una verdad ignorada sobre su prometido.- Supongo que él no te habrá hablado de mí. Richard.- Dijo el nombre de su prometido como si le doliera, no como si lo dejara fluir o le fuera agradable el escucharlo, sino con algo de resentimiento y suspicacia, un peso tan sólido que se le atragantó a ella sólo al escucharlo.- Sí. Richard es así. Si algo no le conviene, lo oculta. Tiene un trastero en su conciencia que debe heder a putrefacción. Al fin y al cabo, todos somos esclavos de nuestro pasado. ¿Sabes lo que quiero decir? Como una prolongación de lo que hicimos, la onda que se repite arrastrándose en el aire, un eco que reverbera inmarcesible.- Miró al

frente y forzó una expresión que denotaba animosidad y repulsión, un patetismo intrigante, se le torció el labio mientras arrugaba el entrecejo y se le tensaron los músculos de los hombros.- Richard.- Añadió, pensativo.- Os casáis en unos días, ¿no? Eso fue lo que me dijeron. Unos días. Unos días que a veces no concedió a otros que se amaron. Cuando... esos días en que tuve a Angélica, que por fin pude besarla, y ... y él me arrebató todo. La contaminó. La llenó la cabeza de... me humilló y ella me vio como un débil... como... perdona. Eso fue hace mucho. No tendría que... A veces uno guarda lo peor de sí mismo. Veo que miras mi alianza. Ahora estoy casado. Después de huir, después de ser un prófugo en mi tierra, de sentirme un apátrida, buscando refugio allí donde aún se conservaran tibias algunas ascuas. Ah, perdona. No. No debería contarte... supongo que hablo demasiado. Aunque seguro que has visto el video... sí, ese video que se obcecó cerrilmente en grabar para su ignominiosa posteridad, ese video de aquella tarde en la que fornicaba, vejando, a una prostituta que ni siquiera hablaba nuestro idioma, que se quejaba con alaridos, con quejidos con silenciosas lágrimas porque no sabía hablar, porque su marginal idioma la amordazaba y la callaba y no importaba lo que dijera porque no sabíamos qué era. Ese video fue... es curioso – anotó- no entender las palabras de sufrimiento cuando el idioma del dolor es tan universal y el mismo. Tal vez te tropezaste con él. Seguro que lo viste o te lo enseñó. Por aquel entonces estaba muy orgulloso. Era más engreimiento. “mirad, chicos...” y no recuerdo lo que añadió. Quizás nada. Siempre fue parco en palabras. Se creía inteligente. No lo era, pero lo creía. Escuchó una vez la palabra nihilismo y la asoció a destrucción, a dolor. Siempre dijo que era posmoderno sin saber bien qué significaba ser posmoderno. Ni siquiera quien acuñó el término lo sabe aún. Tal vez sólo signifique la obscena flexibilidad de las correas de la moral. O no tener moral. Al fin y al cabo es lo único que nos impide coger el atajo que nos evita rodear lo que ansiamos. ¿Qué fue de aquella prostituta? No lo sé. Después de aquella tarde, la tuvimos que llevar al hospital. La había roto un labio de un puñetazo y sangraba. Era gracioso. Sí, para él todo eso era gracioso, la crueldad, la crudeza sórdida del dolor, la gravosa impunidad. Sangraba a borbotones. Uno se quiere curar de su pasado. Lo entierra, lo sepulta pero es como una mochila que te han cosido a la espalda. No hay forma de desprenderte de él. Puedes ver el video. Seguro que aún sigue en internet. Habrán nublado su cara con esa asquerosa ley que defiende al sádico. Pero le reconocerás.- Sabía que en cualquier video que viera a un hombre pegando a su mujer con el rostro oculto tras ese infame vaho digital que desfigura su rostro terminaría inconscientemente identificándolo con su prometido.- Pero no. No te preocupes. No era violento. Sólo pegaba cuando no tenía dinero y lo quería o cuando estaba de mal humor o simplemente cuando le apetecía. En verdad no es mala persona... es... es una persona más. ¿A quién le importa un hombre en este mundo que se mueve tan rápido y que no frena ni se calla? Hay hombres que tienen lo que quieren, que se saltan todas las reglas, que hacen trampas. Pero que consiguen lo que quieren. Tú supongo que serás

su lavado de cara o puede que haya cambiado...

La chica, conmocionada, con el alma aterida y humillada y acomodada en un inhóspito hueco dentro de su cuerpo, sollozante y desesperanzada, como pesándole la carne, irguió su maltrecho cuerpo; desganada, miró a Stefan por unos segundos a los ojos, con el iris embadurnado en una triste resina; una mirada aguada, salobre, que contenía la bravura de los mares procelosos y la profundidad de todos los sueños que se habían roto, un desguace en el que se apelotonaban los sueños magros ya y hediendo a putrefacción, desamparados, sin un alma que los invoque o los sueñe. En esa mirada se empozaba la ilusión hecha añicos, la vana virtud, y tremolaba ondeante la bandera de la derrota. Embriagada, atrapada en la tensa red de la indignación y el ofuscamiento, aturdida, sin salida. Su desencanto se asemejaba en su desgarbado perfil al de una mujer vencida e incapaz de sobreponerse, atrafagada, lánguida, adusta; y su andar encorvado era la revelación de que algo indecible le pesaba en los hombros. Al verla andar hasta la puerta del vagón, errabunda, Stefan intuyó que todos los miembros de la chica cargaban pesadamente una lúgubre melancolía inapagable. Al abrirse las puertas, Stefan dejó de mirar como bajaba. Más bien se volvió tímidamente, como un brujo que no quiere ser descubierto por temor a la hoguera y extiende el brazo para levantar la cortina de su capa embozándole el rostro, tan sólo apareciendo visibles los ojos y algo de la frente. De igual modo se camufló en la liviana espesura de un nervio de acero combado que atravesaba como una franja de hierro beige la ventana, y oteó el horizonte, vislumbrando, entre los jirones desgarrados de aquella vespertina bruma, una confusa figura que sin rascar bajo la costra de la niebla identificó como Richard, el prometido de aquella comedida chica que había compartido el trayecto con él y sus rememoraciones capciosas y esa atropellado enquistamiento de tiempos ya hechos. Ella llegó a su lado, incapaz de levantar el rostro para mirarle a los ojos, arredrada por la vergüenza y el engaño, y se limitó a girar compulsivamente de su dedo la alianza de compromiso. Muda. Inmóvil. Aunque Richard sólo entrevió en su actitud la misma modesta e irritante timidez de siempre, su descorazonadora falta de pasión, y lo achacó todo a esa sensación traslúcida que brillaba en aquella chica y que no era otra que la de parecer eternamente arrepentida, como un cristiano con la invisible cruz de sus pecados sobre sus hombros postrado sobre las frías losas mortuorias de mármol incensado que son suelo de una iglesia. Esa sensación de sentirse sobrevalorado, como si fuera continuamente el objeto de la admiración de su mujer, el creerse estólida y ciegamente superior, le excitaba desbordándole. Era la suya una relación de sometimiento psicológico donde parecía sobresalir su altruista indulgencia. Ella era la autoafirmación de él, la autoafirmación de su poder, la autoafirmación de su ego, de su ser. Se creía el Dios de su pequeño mundo. La chica se paró frente a Richard. Disimulaba mantener la compostura, aunque creía que los desabridos cañonazos de su corazón podían oírse a cien metros. La sangre agitada hizo florecer en su rostro uno intenso sonrojado. Estaba

allí, quieta, a punto de desvanecerse, a punto de caerse y romperse como una vidriera. Había algo sobre su cerviz, gordo, un peso que anquilosaba su cuerpo. Parecía una estaca clavada en el suelo. Richard arqueó el cuerpo y bajó la cabeza para saludarla con un cariñoso e inocente beso en los labios, y ella, como de un modo fortuito, moviendo la cabeza hacia los lados para que le pelo se agitara y pareciese flotar, le dio su perfil y el besó aterrizó sobre su nívea mejilla coronada de sonrojo. Richard no sospechó nada. Creía que todo era fruto de la casualidad impredecible (y quizá lo fue. Quizá sólo fue algo que los ojos de Stefan querían ver) Lo que sí estaba claro es que Richard no iba a devanarse los sesos con un áspero quebradero de cabeza. Así que aprovechando la postura, alargó el brazo, la rodeó y la abrazó con fuerza. Ella hundió la cabeza sobre su pecho, luego la levantó hasta apoyarla en el hombro de Richard y después giró la cabeza hacia la ventana del tren. Stefan entonces respiró, aliviado. Ya no eran simples y estériles elucubraciones, quimeras más vivas porque él quería que así fueran, porque él quería consolarse diciéndose que así era. Esa mirada, ese gesto, era la constatación de que su veneno había surtido efecto. Lo había inoculado y ahora extendía sus tentáculos asediando las débiles convicciones de aquella débil mujer. Todo su ser estaba ahora infectado. Se desasíó del duro cerrojo del abrazo. Richard la dio la mano y caminaron juntos adentrándose en la gélida noche cuyas respiraciones se materializaron en un denso humo que iba ensombreciendo y empequeñecía a Richard y a la que era su prometida. Y Stefan supo que ella siempre callaría sus dolorosos pensamientos. Lo guardaría como un putrefacto y humillante secreto en los fosos de su corazón, donde siempre podría oír sus gritos. Y nunca le abriría los postigos ni le retiraría las cadenas. Nunca lo mencionaría. No investigaría si era real o no, y eso no le importaba realmente a Stefan. Sólo el hecho de haberle escuchado, sólo el haber vertido el veneno de la discordia, sólo saber que cada vez que se entregara a él lo haría con reservas, asustada una duda palpitante que no quería resolver, no fuera que la evidencia le castrara la felicidad y la esterilizara para siempre condenada a vivir una vida de frustrados deseos y alegrías rotas.

Y entonces una sombría y tétrica sonrisa se cinceló en el rostro de Stefan. Había tardado tiempo, mucho. Jamás pensó que podría vengarse de aquel que le humilló cuando era pequeño y que arruinó cada palmo de su infancia, que le agredió y le difamó, que hizo que fuera unapestado y que él que creía que era el amor de su vida, en aquellos primeros días en que pisaba las tierras de los nacientes sentimientos, le abandonará por su culpa. Pero por fin se había vengado, con una venganza sibilina y soterrada, las puertas se cerraron y el tren reanudó su marcha. Stefan se giró para mirar al frente y no borró aquella ridícula sonrisa de triunfo hasta que se bajó del tren 30 minutos después, llegó a su casa y besó a su mujer con una pasión irrepetible.